

LA POLITICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LOS UMBRALES DE LOS AÑOS 80

Gueorgui Arbatov

El retorno de la política exterior norteamericana al trillado camino de la "guerra fría" significa muchos peligros para la paz y la seguridad internacionales.

Por varias razones, una segunda edición de la guerra fría puede ser más nociva que la primera: la hostilidad aumenta las probabilidades de un conflicto y hace más destructoras sus consecuencias: la intensificación de la carrera armamentista no sólo aumentaría la cantidad de armas sino que también socavaría la estabilidad estratégica; el número de países involucrados en ella sería esta vez mucho mayor.

La nueva política de los Estados Unidos se traducirá en una agudización de los problemas globales, como son los relativos a los recursos naturales y energéticos, a los alimentos, al medio ambiente, etc.

Ahora, más que nunca, es muy importante elegir correctamente la línea política, pues en el siglo nuclear en que vivimos no existen otras opciones razonables ante la política de distensión y a la coexistencia pacífica entre los estados.

Cada día me convenzo más de que el calendario tiene una fuerza milagrosa. Si bien ningún año nuevo, ni siquiera década, abren de por sí una nueva página en la historia ni libran a los políticos de los viejos problemas e inquietudes, precisamente cuando llegan surge la tentación de hacer un balance del pasado y de mirar hacia el futuro. En cuanto a la política exterior de los EE. UU., es casi imposible resistirse a esa tentación, porque tanto el comienzo de los años 70 como el de los 80 coincidieron realmente en este país con una revisión del rumbo político.

Para los años 70 tal revisión había madurado por completo y no sólo estaba fundamentada, sino que era vitalmente necesaria. Al duro precio de fracasos y errores, a veces trágicos, la nación norteamericana aprendía las verdades de nuestra época. Concluía que la política anterior, la política de la fuerza y de la "guerra fría" era cara y peligrosa, que no resolvía los problemas reales del país, sino que lo metía en situaciones cada vez más desesperadas.

Se hizo claro, sobre todo, que había que salir cuanto antes del tremedal que significaba la inútil aventura en Vietnam y procurar que no se repitiese nada semejante.

Se hizo claro que se debían abandonar los intentos de imponer su voluntad, desistir de la política de la fuerza y de confrontaciones y pasar a la política de negociaciones con la Unión Soviética, con otros estados socialistas y con los países en vías de desarrollo.

Se hizo claro que era necesario revisar muchos valores y prioridades antiguos; en particular, había que asignar más recursos y aplicar más esfuerzos para resolver los graves problemas económicos y sociales internos y que incluso un país tan rico no podía tener a la vez "cañones y mantequilla". En el país creció la desconfianza en el militarismo, en las concepciones y los políticos que habían impuesto a la nación las aventuras allende el océano, la desenfrenada carrera armamentista y el papel de "gendarme mundial".

En síntesis, se hizo claro que había que extender la pierna hasta donde llegara la sábana y aplicar una política con arreglo a las posibilidades de los EE. UU., las cuales, como se había mostrado, no eran ilimitadas, ni mucho menos. A fuerza de esos cambios los norteamericanos criticaron muchos postulados —que hasta no hace mucho se consideraban intocables— de la "guerra fría" y del anticomunismo inveterado. Paralelamente empezaron a interesarse en las ideas de la coexistencia pacífica y la distensión, en la limitación de los armamentos y el desarrollo de una colaboración mutuamente provechosa.

Todo esto no pudo menos que reflejarse en la política norteamericana. En la primera mitad de los años 70 se produjeron en este sentido ciertos cambios positivos, lo cual contribuyó a sanear el ambiente internacional, a fortalecer la paz, a mejorar las relaciones entre los EE. UU., por una parte, y la URSS y demás países socialistas, por otra. A su vez, la Unión Soviética ya hacía tiempo que sugería esos cambios en las relaciones internacionales. Comenzados los años 70, cuando se perfilaron modificaciones en la política de los EE. UU. y sus aliados, dichos cambios se hicieron factibles.

Pero a comienzos de la década presente en los EE. UU. soplan otros vientos políticos y prevalecen estados de ánimo y tendencias opuestas. La política norteamericana vuelve al camino trillado de la "guerra fría", lo cual trae muchos peligros para la paz y la seguridad internacional.

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué cambió tan radicalmente la política de los EE. UU.? Wáshington afirma que este viraje es una respuesta a los acontecimientos en Afganistán. No dudo de que estos acontecimientos hayan desagradado a Wáshington. Pero no menos evidente es, sin embargo, otro aspecto: dichos acontecimientos simplemente no pueden ser la causa del cambio ocurrido en la política norteamericana; no pueden ser por el mero hecho de que los fundamentos de esa política, sus "bloques" básicos, habían sido colocados antes y no después de los acontecimientos afganos.

Desde luego hablo de su elemento más importante: la tendencia a seguir incrementando el poderío militar de los EE. UU., de sus aliados y —como dijera el propio Presidente, teniendo en cuenta a China, Pakistán o Egipto (quizás, a todos estos países y otros más)— sus amigos. No hay resolución de principio sobre el particular que no estuviese tomada cuando se iniciaron los acontecimientos de Afganistán. Me refiero a la resolución de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) tomada el año antepasado, de aumentar anualmente durante tres lustros los presupuestos militares de los países miembros y otra, la del año pasado: la de fabricar y emplazar en el territorio de Europa nuevos cohetes norteamericanos de alcance medio. Me refiero también a la resolución que adoptó Carter sobre el "quinquenio" de nuevos programas militares y sobre las asignaciones sin precedentes con fines bélicos; me refiero, asimismo, a las declaraciones del propio Carter y de voceros oficiales de que los EE. UU. están dispuestos a defender sus "intereses vitales" en distintas regiones —a veces bastante alejadas del territorio nacional— y hacerlo valiéndose de todos los recursos, militares inclusive.

Antes de los acontecimientos en Afganistán los EE. UU. también dieron algunos otros pasos en su política, a saber:

- decidieron congelar las negociaciones sobre la limitación de los armamentos y si no frustran la ratificación del SALT-2, recurren a las interminables prórrogas para hacerlo (sin decir que las medidas aplicadas, al mismo tiempo, para incrementar los armamentos y el nuevo ataque de histeria militar estallado los últimos meses en Occidente mermaron si no la letra, el espíritu de este tratado y redujeron mucho su importancia como avance rumbo al cese total de la carrera armamentista);

- encendieron de nuevo la histeria antisoviética;

- aceleraron su aproximación con Pekín sobre una plataforma de intereses "estratégicos comunes", antisoviéticos por supuesto.

De esta manera, ya a mediados de diciembre de 1979, para cualquier observador imparcial —tanto en Moscú como en Wáshington— era elemental que los EE. UU. habían cambiado algunas orientaciones fundamentales de su política (mucho más importantes que, digamos, la venta de trigo o la participación en la olimpiada), que precisamente con esa plataforma el Presidente entraba en la lucha electoral y que en la Casa Blanca, tal vez, sólo esperaban un pretexto para “formalizar” los cambios operados y proclamarlos doctrina nueva.

Refutando la versión de que los acontecimientos afganos fueron la causa del viraje en la política de los EE. UU., no queremos decir que tanto la administración como la élite militarista de este país dejaron de aprovecharse de los mismos. Los utilizaron para arreciar la campaña antisoviética, para afianzar las modificaciones políticas alegadas y, sobre todo, para escalar la carrera armamentista, ampliar su presencia militar en el extranjero y fortalecer sus bloques militares. Y, desde luego, para consolidar sus propias posiciones en el interior del país, tanto en vista de las próximas elecciones, como para hacer frente a las crecientes dificultades económicas y la disminución de las asignaciones a las necesidades sociales.

También tenemos fundamento real para rechazar los intentos de explicar el viraje de la política estadounidense hacia la “guerra fría” con las alusiones más generales a la “amenaza militar soviética”.

Es indudable que la Unión Soviética se preocupa de su defensa, y a la luz de lo que ocurre en los EE. UU. y en otros varios países y regiones del mundo, esta preocupación se justifica plenamente. Pero se trata precisamente de la defensa. Lo puede callar o tergiversar la propaganda norteamericana, pero no lo pueden dejar de saber quienes hacen la política norteamericana.

Estos conocen suficientemente el poderío militar de los países que son adversarios potenciales de la URSS y las realidades geopolíticas de esa última por lo que resulta risible vislumbrar designios agresivos en las medidas que la Unión Soviética toma para fortalecer su defensa. Sería interesante saber cómo determinarían los políticos y generales norteamericanos el monto de lo necesario para la defensa —de cuyo crecimiento desmesurado acusan permanentemente a la URSS— si en la frontera norte de los EE. UU. hubiesen tropas del Tratado de Varsovia y en la sur, en el lugar de México, se localizara un país con una población de mil millones que posee armas nucleares, aplica una política militarista y aspira al territorio de varios estados norteamericanos.

Oquestado por Brzezinski, en los EE. UU. se armó un alboroto propagandístico sobre un supuesto “arco de inestabilidad” que envuelve el Asia sudoccidental y el Oriente Medio. Esta región fue proclamada zona de “intereses vitales” de los EE. UU. ¿No habrán pensado que este “arco” inventado en Wáshington atraviesa en una considerable extensión las fronteras sur de la Unión Soviética y toca el territorio de sus vecinos (comprendido Afganistán), o sea, una región que es sumamente importante para la seguridad nacional y los intereses vitales de la URSS?

Sinceramente, cuando de la “amenaza soviética” no divaga un filisteo atemorizado por la propaganda ni un general retirado, cuando sobre este tema hablan y lo discuten políticos y especialistas cuerdos, a mí no me abandona la impresión de que estos hombres hablan y discuten no sobre la Unión

Soviética, su poderío y sus intenciones, sino de los EE. UU., de cómo quisieran que fueran su política, su lugar y su papel en el mundo. Simplemente resulta mucho más cómodo formular las más impertinentes reivindicaciones y quejas aludiendo a la Unión Soviética: imagínense a qué lleva ésta a la modesta, tranquila y pacífica Norteamérica.

Pero, en realidad, nadie ha provocado a los EE. UU. a arreciar su política exterior. "Se caldearon" y llevaron las cosas hasta este punto ellos mismos, habiéndolo hecho larga, metódica y consecuentemente. Ahora me parece oportuno dejar a un lado las causas falsas y pasar al análisis de las causas verdaderas del brusco viraje producido en la política norteamericana. Estos motivos deben buscarse, ante todo, en los propios EE. UU.

En breves palabras, estas causas tienen dos facetas. Una modificó la actitud de los círculos gobernantes de los EE. UU. y dio la superioridad, en la lucha que en su seno se desenvuelve, al ala que desde hacía tiempo procuraba dicho viraje (por cierto, sin haber podido lograrlo durante un largo período). La otra faceta cambió la situación política nacional hasta tal punto que los círculos gobernantes pudieron realizar el consabido viraje.

Empezaré por la primera.

La Norteamérica de nuestros días confirma el brillante análisis que Lenin hizo sobre las distintas tendencias que siempre se enfrentan en el seno de la burguesía gobernante en lo que se refiere a las cuestiones políticas principales, comprendidas las de la guerra y la paz¹. Se sabe bien que los grupos más influyentes de la clase gobernante —los monopolios de la industria militar, la jerarquía militar, parte del aparato burocrático y de los medios de comunicación masiva comprometidos con aquéllos, los sectores sionistas, etc.— se opusieron a la distensión desde su mismo comienzo. Esto se puso de manifiesto ya durante los debates en torno al SALT-1 en 1972 y en torno a la ley de comercio en 1973-1974. A pesar de que en determinados momentos dichos grupos lograron imponerse causando un notable detrimento a las tendencias políticas positivas, no pudieron detener estas últimas.

Era demasiado evidente la necesidad de cambios con profundas raíces en la realidad objetiva. En la confluencia de los años sesenta y setenta los EE. UU. se vieron sumidos en una crisis aguda y múltiple. No sólo en la opinión pública, sino también en la clase gobernante (incluso en una considerable parte de su ala conservadora, derecha) prevaleció el criterio de que los EE. UU. no tenían otra salida que empezar a revisar las bases de su política exterior; por lo menos renunciar a los extremos de la "guerra fría". En aquel entonces incluso la mayor parte de los círculos gobernantes comprendía la verdad que hace poco hizo recordar el politólogo Richard Barnet y cuya esencia es la siguiente: "las sociedades mueren si resultan incapaces de adaptarse con la debida rapidez a los cambios que se producen en el mundo circundante"².

Se puso objetivamente en la orden del día una reforma bastante profunda y fundamental de la política norteamericana. Reforma de un alcance y proporciones tan grandes que predeterminaban inevitablemente el agudo carácter conflictivo del proceso político.

Se trataba de romper, en rigor, con los postulados, conceptos y normas del comportamiento político de toda una época, de una situación absoluta-

mente extraordinaria en que los EE. UU. se habían visto una vez terminada la segunda guerra mundial, por ser la única potencia que salió de la contienda sin haber sufrido sacrificios y destrucciones más o menos considerables, siendo económicamente más fuerte, mientras que sus rivales vivían dificultades sin precedentes; además, poseía el monopolio de la bomba atómica y tenía superioridad en varias ramas importantes de la técnica militar. En resumen, era una potencia capaz, se decía entonces, de comprar casi todo y a casi todos, o —cuando no lo lograba— de reprimir y hasta de aniquilar. Las circunstancias históricas que permitieron a los EE. UU. ocupar esa posición eran pasajeras y únicas en su género. Pero muchos norteamericanos las acogieron y las aceptaron como estado de cosas natural y eterno, como estado de cosas que auguraba el advenimiento del “siglo norteamericano”.

Naturalmente, fue muy difícil olvidar estas ilusiones y, más aún, desistir de la política en ellas basada. Como es difícil devolver incluso aquello a lo que uno jamás ha tenido derecho. Como es difícil replegarse, incluso cuando ya es imposible defender las posiciones.

Es lógico que en semejantes condiciones la elaboración de la política exterior USA se desarrolló en una lucha singularmente aguda. Si en un principio prevalecieron las tendencias realistas, desde la segunda mitad de los años setenta este proceso de adaptación de la política a los cambios operantes en el mundo empezó a opacarse. Lo propiciaron en sumo grado las alteraciones en los estados de ánimo de los cada vez nuevos grupos de la clase gobernante que se prestaban a la influencia de las fuerzas hostiles a la distensión. En este sentido desempeñó un nefasto papel la amplia e intensa campaña que estas fuerzas desataron en torno a los cambios que resultaban especialmente difícil para conformarse a una considerable parte de la burguesía gobernante.

Uno de estos cambios fue la pérdida de la supremacía militar por los EE. UU., la paridad, el equilibrio aproximado con la Unión Soviética. Esta paridad fue reconocida más de una vez de palabra. Pero de hecho se pretendió explicar todas las derrotas y todos los reveses de los EE. UU. en la arena internacional con la pérdida de su supremacía militar. Es una reacción absolutamente errónea, pero muy típica para el imperialismo en general y para el imperialismo norteamericano en particular. Una reacción que tiene que ver con la actitud que este último asume respecto de la fuerza, sobre todo de la fuerza militar, creyéndola instrumento principal de la política. Esa actitud impulsada a calificar las derrotas mencionadas como consecuencia de un insuficiente poderío militar y también como causa de su no tan enérgico uso para defender los “intereses vitales” de los EE. UU.

Los círculos gobernantes de los EE. UU. interpretaron de esa manera la agudización del problema de los recursos naturales, del petróleo sobre todo. Aunque divagaban desde hacía tiempo y con gusto de la “interdependencia” de los países, creciente en nuestra época, calificaron como inadmisibles “vulnerabilidad” la dependencia en aumento de Norteamérica respecto del petróleo mesoriental y —de ahí— como fundamento de insistir en esa región en sus derechos especiales, valiéndose de todos los medios, la fuerza inclusive. Las pretensiones y exigencias imperialistas resurgieron en una forma tan recalcitrante y patente como no se habían presentado en voz alta, quizás, desde el final del siglo XIX.

Quisiera comentar otro factor que tiene cada vez mayor ascendiente sobre la posición que asumen no pocos elementos oficiales de los EE. UU.

Este factor es China, o, más bien, las ilusiones que con ella se vinculan. Ilusiones de que la aproximación con la jerarquía china, chovinista, enemiga de la distensión e instigadora de una sicosis antisoviética, pueda modificar la correlación de fuerzas y fortalecer las posiciones de Norteamérica hasta tal punto que ésta prescindiera tranquilamente de la distensión y pueda volver a fanfarronear en nuestro planeta.

Todo esto alimentó en la élite gobernante de los EE. UU. el enfurecimiento y el aventurerismo que dieron lugar a las correspondientes concepciones políticas. Concepciones según las cuales el poderío militar y económico de los EE. UU. habría de ser el factor tanto más decisivo de la política mundial cuanto más burda y manifiestamente se esgrimiera para aplastar a unos y amedrentar a otros.

Por cierto, hasta donde se puede apreciar, este tipo de concepciones no contó con un apoyo incondicional, ni mucho menos. Además, es difícil decir cuánto durará. Pero este apoyo resultó ser suficiente para que el Gobierno iniciara la modificación radical de su política. Hasta el momento se desconocen muchos datos y detalles concretos de cómo se llegó a tomar esa decisión. Es arriesgado incluso afirmar hasta qué punto fue institucionalizado el proceso de tomarla. No se puede simplificar el ambiente existente en los EE. UU. y ver el orden y la reglamentación donde no los hay, donde son constantes las vacilaciones y el mecanismo político, al parecer, no impide adoptar decisiones irreflexivas que suelen perjudicar hasta los intereses nacionales.

Resumiendo: para modificar la política se requerían no sólo cambios en los estados de ánimo de la élite gobernante. También había que vencer la resistencia que la opinión pública opusiera a los intentos de pasar de la distensión a una nueva variedad de la "guerra fría".

Es sabido que la inmensa mayoría de los norteamericanos no estaban contra la distensión y sus aspectos principales, sobre todo el mejoramiento de las relaciones y el fomento de una colaboración mutuamente provechosa con la URSS, así como la limitación de la carrera armamentista. Por eso los enemigos de la distensión habían venido esforzándose, desesperados, durante largo tiempo, para envenenar el ambiente político. Con este fin desataron una histórica campaña sobre la "amenaza soviética" e instigaron al máximo el nacionalismo y hasta el chovinismo. Propagaron el cuento de una "brigada de combate soviética" descubierta "de súbito" en Cuba, pese a que los asesores militares soviéticos ya estaban allí desde hacía muchos años y el propio Washington había reconocido reiteradamente que esto no significaba peligro alguno para la seguridad de los EE. UU. Para avivar el chovinismo utilizaron con mucha habilidad las dificultades que atravesaban los EE. UU., sobre todo la última crisis en las relaciones iranio-norteamericanas y la toma de los empleados de la embajada USA en calidad de rehenes. También intentaron llegar a los corazones y al sentir nacional de los norteamericanos a través de sus billeteiros y depósitos para gasolina, presentando la crisis energética y, en parte, la inflación, como corolario de la "humillación nacional", "decadencia" e "impotencia" de los EE. UU.

Todas estas maniobras no pudieron dejar de surtir efecto, máxime que era propicio el terreno sobre el cual se realizaban. Ya es un hecho que en los EE. UU. a los políticos les resulta también hoy mucho más fácil y tranquilo cometer errores, inclinándose hacia la derecha, al lado de la intran-

sigencia, el odio y la crueldad. Por algo incomprensible, esa actitud se considera la más patriótica, aunque en el siglo nuclear precisamente ésta amenaza al país con las más enormes calamidades. Por algo incomprensible, esa actitud se califica como más sensata y realista, aunque ¿qué puede ser hoy más ilusorio que vincular las esperanzas en la seguridad con la carrera armamentista y la política desde las posiciones de fuerza? Por lo visto, la cuestión radica no sólo en que el "cowboy" que va disparando a diestra y siniestra sigue siendo el héroe cinematográfico y el símbolo político favorito de muchos norteamericanos.

En la vida política de los EE. UU. persiste como factor determinante el lastre del hegemonismo, de la "guerra fría" y del anticomunismo. A lo cual, a juzgar por todo, se suman las ideas de la seguridad nacional y personal cultivadas durante la "guerra fría" y el tenebroso período del macartismo. A este respecto no podemos dejar de recordar la observación del Prof. J. Galbraith en cuanto a que la carrera armamentista es alimentada en los EE. UU. por el interés económico de los grupos influyentes, apoyando este interés "dos grandes temores" que impregnan la vida política nacional. Uno de estos, es el temor del comunismo, característico para los conservadores. El otro, es el de parecer blandos respecto del comunismo, típico de los liberales (y más peligros, según el profesor aludido, porque "en nuestros días pocos pueden elevarse a un nivel de irracionalismo tan peligroso como los liberales que se creen en el deber de mostrar que son firmes como nadie respecto de los rojos. . .")³.

Desempeñaron asimismo su papel las particularidades del mecanismo político de los EE. UU., que permiten a una minoría bien organizada y poderosa en el aspecto financiero frenar y hasta paralizar una política apoyada por la mayoría.

Al analizar estas y otras características del mecanismo del poder estatal de los EE. UU., George Kennan, destacado diplomático e investigador de la política exterior de ese país, escribió que si los EE. UU. "incluso en los días de Tocqueville estaban mal preparados para participar coordinada y consecuentemente en la complicada vida política mundial, hoy son menos hábiles de hacerlo". Kennan subraya la ineptitud del sistema para realizar "ambiciosas empresas político-militares lejos de las costas de la patria" (por el estilo de la aventura en Vietnam) y la inconsistencia de la idea sobre la "dirección mundial" o el "poderío imperial" de los EE. UU.⁴. Pero la experiencia de los últimos años ha mostrado que por la misma razón surgen también grandes obstáculos en la aplicación de una consecuente y estable política de distensión y colaboración.

Además, puede ser que la distensión en los EE. UU. simplemente no haya tenido éxito. Ningún gobierno durante la década de los setenta (excepto, quizás, la administración Nixon, e incluso ella en un período bastante corto, hasta que estalló el escándalo de Watergate) bien no quiso, bien no pudo, bien temió practicar firmemente esa política. Ante todo, esto se refiere a la administración actual que con sus acciones contribuyó en sumo grado al empeoramiento del ambiente político. En febrero pasado la revista *Time*, citando a un alto funcionario del Departamento de Estado sobre que Brzezinski "obtuvo, por fin, su guerra fría", observó con bastante acierto que la situación que, a primera vista, confirma la justeza de la "rigidez" respecto de la URSS que este hombre viene pregonando desde hace tiempo, es en mucho resultado de sus propios esfuerzos, resultado de la política antisoviética por él

ideada y sugerida⁵. Desde luego, la cuestión no sólo radica en que los consejeros del Presidente y algunos otros empleados de la administración hayan logrado imponer al Gobierno unas u otras acciones antisoviéticas. El Presidente y el Gobierno tuvieron vacilaciones e hicieron zigzags en las más importantes cuestiones políticas, haciendo tambalear con ello el fundamento de la distensión y contribuyendo objetivamente a que los enemigos de ésta fortaleciesen sus posiciones. Tal ha sido la política de la presente administración en su conjunto.

Los jalones de sus titubeos y vacilaciones aún no se han borrado de la memoria. Los que asumieron la formalización teórica y conceptual de la política empezaron por criticar a sus antecesores por haber atribuido demasiada importancia a las relaciones Oeste-Este (o sea, las relaciones entre los países capitalistas y socialistas, entre los EE. UU. y la Unión Soviética principalmente). Hace falta —dijeron— poner en primer plano las relaciones Oeste-Oeste (o sea, los nexos entre los EE. UU. y sus aliados), luego las relaciones Norte-Sur (o sea, entre los países industrializados y los que están en vías de desarrollo) y sólo después encontrar algún lugar para la línea Oeste-Este.

Como es natural, sobre el particular se esgrimieron argumentos supuestamente válidos, pese a que la esencia podía ser una sola: fundamentar la reducción del proceso de distensión, la congelación de las negociaciones y la falta de deseo de resolver los problemas apremiantes. Nuestra actitud ante esta política tiene por fondo el hecho de que nunca hemos mendigado ni mendigaremos la atención hacia nosotros y, dicho con sinceridad, hubiésemos preferido que nos la prestasen lo menos posible en el transcurso de la historia de las relaciones soviético-norteamericanas, porque esta "atención" ha sido hostil. Pero en el caso aludido se proponía olvidar un tanto la dirección Oeste-Este no para dar la posibilidad de vivir tranquilamente a sí mismos y a los demás, sino contrariamente, para frenar el desarrollo de la distensión. Los partidarios de hacerlo predominaron en la administración en aquel momento.

A sí, pues, entonces se olvidaron bastante de la línea Oeste-Este (salvo, quizás, en lo referente a la cuestión de los derechos humanos). Tenemos que decir que ni Oeste-Oeste, ni menos aún Norte-Sur ganaron con ello. Por el contrario, las relaciones con muchos aliados se complicaron, pese a los innumerables encuentros y consultas. Lo mismo que con los países en vías de desarrollo (por ejemplo, Irán, los más de los países árabes, varios países latinoamericanos).

Y luego, entonces, el círculo se cerró, y Oeste-Este volvió al primer plano. Pero, lo lamentable, ya bajo un ángulo absolutamente distinto al desarrollo de la distensión: bajo el ángulo de la confrontación. Lo cual empezó a repercutir a pasos agigantados en todas las demás orientaciones de la política norteamericana. De tal suerte, algunas figuras de la administración USA no aprendieron a manejar la brújula. No permitieron que su aguja se orientase con arreglo a las líneas de la gravitación política real, sino que le dieron vueltas a su antojo, guiándose por el libre albedrío, lo cual no ha podido menos que redundar en la pérdida del curso político.

En Norteamérica todavía muchos se dedican a criticar la distensión, porque ha suprimido, según dicen, a Washington la voluntad y la decisión en el trato con otros países y —sobre todo— en el empleo de la fuerza militar. Pero si algo de verdad faltó a los EE. UU. en los años setenta fue, en primer lugar, la voluntad y decisión en aplicar la política de distensión y en esforzar-

se por reducir los armamentos y fortalecer la confianza mutua. Es la primera causa de que la década de los setenta, no obstante lo bueno que aportó, siga siendo una década de posibilidades perdidas.

Se señala también la importancia de que la adopción de decisiones fundamentales en política exterior coincidió esta vez en los EE. UU. con el comienzo de una nueva campaña electoral. En realidad, el período preelectoral es en Norteamérica nefasto para una política sensata y adecuado para una política irracional.

En fin, ya hemos hablado suficiente de las causas. Detengámonos, ahora, en otra cuestión. ¿Cuáles pueden ser las consecuencias reales de las modificaciones ocurridas en la política norteamericana y qué pueden significar éstas para el mundo y también para los propios EE. UU.?

Al responder a estas preguntas, no se deben subestimar los peligros que entraña el viraje de la política USA. El presidente de ese país se apresuró en calificar los acontecimientos en Afganistán como la mayor amenaza para la paz general desde la terminación de la segunda guerra mundial. Dejemos que esta declaración pese sobre su conciencia. Pero, en realidad, se puede decir sin exagerar, que por lo menos durante los últimos diez años el mayor peligro para la paz general fue precisamente el viraje que dieron los EE. UU. de la distensión a la agudización de la situación mundial, a la política desde las posiciones de fuerza. Esto no es retórica. Una segunda "edición" de la "guerra fría" puede ser más nociva que la primera por varias razones.

En primer lugar, el retorno a la hostilidad ilimitada, a las relaciones de confrontación y a la política de causar detrimento a la otra parte, cueste lo que cueste, se operaría a un nivel nuevo, más peligroso, que registra el perfeccionamiento de los medios de exterminio masivo. Lo cual, según estiman muchos especialistas, haría más probable el conflicto y aún más destructoras sus consecuencias.

Se considera —y es absolutamente cierto— que las nuevas escaladas en la carrera armamentista no sólo aumentarán la cantidad de armas, sino que también socavarán la estabilidad estratégica. Ahora están por fabricarse algunos sistemas de armas que harán resurgir los temores sobre la posibilidad de que se aseste un ataque preventivo (cohetes MX y Trident-II, nuevos misiles de puntería elevada, etc.) y también otros sistemas que dificultarán cada vez más el control y la observación sobre la otra parte, con lo cual aumentarán la desconfianza mutua, se estorbarán y hasta imposibilitarán los acuerdos de limitación de los armamentos (los mismos MX, los cohetes crucero, etc.). Por ende, la carrera armamentista incontrolada arreciará mucho el peligro de una permanente proliferación de armas nucleares en nuestro planeta (somos ya testigos, por ejemplo, de que la cambiada actitud de los EE. UU. respecto de Pakistán facilita a este último realizar sus planes nucleares). Se trata de un incalculable peligro a la seguridad internacional y también a la de los EE. UU.

En segundo lugar, en el torbellino de la "guerra fría" se verían arrastrados muchos más participantes de las relaciones internacionales. Y en una situación conflictiva, al aumentar su número aumenta también el riesgo; sobre todo si algunos de estos participantes se inclinan a hacer un juego muy desatinado e irresponsable en la arena internacional. Se trata, ante todo, de Chi-

na. Occidente y especialmente los EE. UU. traspasan con evidencia o, quizás, han traspasado ya la línea que señala que a cambio de la "carta china" han de asumir ya compromisos onerosos y peligrosos, y permitir a Pekín que utilice en sus propios juegos políticos a sus nuevos amigos.

Como se sabe, Pekín tiene inconcebibles designios de gran potencia y plantea pretensiones territoriales y de otra índole, prácticamente, a todos sus vecinos. Igual que los EE. UU., se cree con el derecho de recompensar a unos y de castigar a otros; además castigar mediante una agresión militar abierta. Todo esto otorga a los amigos de Pekín grandes posibilidades de involucrarse en conflictos, de los que les sería más conveniente mantenerse al margen. Cuanto más los EE. UU. y otros países capitalistas se compenetren con China, tanto más aumentarán los apetitos de esta última y su propensión a las aventuras.

En resumidas cuentas, China y sus planes difícilmente "cuadran" en los nuevos esquemas políticos norteamericanos, esquemas de riesgo elevado y de balanceo al borde del conflicto militar y que requieren, naturalmente, una seguridad también alta en las posibilidades de controlar el devenir de los acontecimientos. Pero China es una potencia que en cualquier situación nueva seguirá obrando a su antojo. Además, es una potencia nuclear que con sus armas por el momento puede amenazar a sus vecinos más cercanos; sin embargo, muy pronto las desarrollará para alcanzar también el territorio de los EE. UU. Es una potencia que ya ahora desestabiliza la situación de una inmensa zona, manteniendo la tensión, impulsando la carrera armamentista y amenazando con desatar conflictos en toda Asia.

A propósito, también en los EE. UU. cunde la conciencia de que Pekín no les sacará las castañas del fuego. Hasta Henry Kissinger, principal arquitecto de la variante moderna de la política del "equilibrio de fuerzas", quien la fundamentó con la posibilidad de "nivelarse" al poderío de la Unión Soviética, añadiendo al poderío norteamericano el chino, constató hace poco: "Creo que los chinos han podido sobrevivir durante tres milenios por practicar con el más mínimo sentimentalismo el equilibrio de fuerzas y, a la vez, por ser los más refinados y los más exentos de ilusiones al hacerlo. China será nuestra coartada, sólo si hacemos lo que sea necesario. No irá a las barricadas, en las que no queremos combatir nosotros, ni será la víctima de las fuerzas que hemos soltado nosotros. De tal suerte, está claro que podremos colaborar con China, sólo si creamos el equilibrio de fuerzas"⁶.

Esta declaración bastante enredada quiere decir que, según Kissinger, los norteamericanos podrán contar con China, sólo si ellos mismos, sin ayuda de ésta, obtienen superioridad en las fuerzas (hoy día así se interpreta el equilibrio en los EE. UU.).

El peligro que para la situación mundial entraña la nueva política USA guarda también relación con otras circunstancias importantes. En las décadas por venir se agudizarán mucho los problemas globales: el de los recursos naturales y energéticos, el de los alimentos, el del medio ambiente, etc. La distensión amplía las posibilidades para resolverlos; al consumarse la distensión, la propia existencia de los problemas globales da un poderoso impulso complementario a la colaboración internacional. Mientras que en los marcos de la "guerra fría" dichos problemas, por el contrario, instigan la rivalidad y la animadversión, y en el camino de su solución surgen obstáculos infranqueables.

Es lo que puede aportar al mundo la nueva política norteamericana. Tampoco traerá nada bueno a los propios EE. UU., porque los objetivos que se plantea son, en su mayoría, inalcanzables y están divorciados de la realidad problemática que los EE. UU. enfrentarán durante los próximos años.

Esto se refiere, especialmente, al objetivo de conseguir la supremacía militar. Pero, si los EE. UU. no pudieron ganar la carrera armamentista cuando tenían mucho más ventajas, ¿por qué la han de ganar ahora que ha disminuido considerablemente la desproporción en el desarrollo económico y tecnocientífico de ellos y la URSS? También es dudoso que sean realistas los actuales planes de continuo acrecentamiento de los gastos militares, calculados para muchos años. Los EE. UU. son ricos, por supuesto; poseen la economía más poderosa del mundo. Pero en esta economía surgen, asimismo, problemas muy grandes: no le esperan, según la opinión general, años "gordos", sino "flacos". Muchos de estos problemas están relacionados, de una forma u otra, con los exorbitantes gastos militares. Tales son la inflación y el déficit presupuestario, el desempleo (los recursos invertidos en armamento crean, como está establecido, mucho menos puestos de trabajo de los que crearían en las ramas civiles) y la aminoración de los ritmos del progreso tecnocientífico y, por consiguiente, del aumento de la eficiencia de la economía (una gran parte de los científicos y de los ingenieros está dedicada a la fabricación de armas).

Por último, los EE. UU. tienen también un conjunto entero de problemas sociales —los relativos a la seguridad social, a la vivienda, a la salud pública, a la enseñanza, a las grandes urbes y al transporte, etc.—, cuya solución requiere colosales recursos. Ahora, en aras de los nuevos programas militares, las asignaciones para resolver estos problemas se cercenan. Pero esto no puede hacerse infinitamente, sin riesgo de provocar serias conmociones.

Ver estas dificultades no significa exagerarlas. Los EE. UU. no están en condiciones de echar otros muchos miles de millones de dólares al pozo sin fondo de la carrera armamentista. Ya la guerra de Vietnam mostró que esas posibilidades no son ilimitadas; que, al haber alcanzado un nivel determinado, los gastos militares comienzan a desorganizar las bases de la economía, a socavar su viabilidad y a provocar conflictos políticos internos. Resulta elocuente que esto lo reconocieran hombres tan distintos como Paul Warnke y el general Maxwell Taylor. Ambos llegaron a la conclusión de que el subsiguiente aumento intensivo de los gastos militares podría crear no simplemente dificultades, sino una amenaza económica a la seguridad de los EE. UU.

En relación con esto se plantea la cuestión principal: ¿Qué pueden comprar los EE. UU. con esos miles de millones de dólares? Se dice que la seguridad, amenazada, según ellos, por la Unión Soviética. Pero la verdadera amenaza a la seguridad nacional, y hasta a la existencia misma de los EE. UU. como nación, no parte de la Unión Soviética. Esa amenaza la forman la permanente carrera armamentista, la tirantez y los conflictos no arreglados que siguen existiendo en el mundo y que, de no tomar medidas, pueden salirse del control y convertirse en el detonador para la catástrofe termonuclear. El viraje de la política norteamericana no elimina esas verdaderas fuentes de amenaza a la seguridad de los EE. UU., sino que las ahonda seriamente, al igual que las fuentes de amenaza a la seguridad de los aliados de Norteamérica. Las relaciones entre éstos y los Estados Unidos no se han hecho, por lo visto, menos complicadas. Una de las causas de que los sectores agresivos estadounidenses no hayan querido aceptar la distensión ha sido su convicción

de que ella refuerza en Europa las tendencias centrífugas y crea un ambiente de "relajamiento" y "desmovilización". Por esto, mediante la campaña acerca de la "amenaza soviética" y de recrudescimiento de la orientación política, Wáshington pretendía obtener también otro "dividendo": acortar las bridas con que maneja a sus aliados y robustecer las alianzas imperialistas.

De hecho, todo resulta mucho más complejo. Los aliados de Norteamérica muestran mayor interés que ésta por el mantenimiento y hasta por la profundización de la distensión. Y no sólo porque conocen mejor que Norteamérica —por experiencia propia— los sufrimientos y las desgracias que acarrea la guerra. En virtud de causas objetivas, ellos y los EE. UU. manifiestan actitudes dispares entre sí hacia muchas de las consecuencias que la renuncia a la distensión y el retorno a la "guerra fría" pueden hacer posibles. Para los EE. UU., Europa sigue siendo, en definitiva, un lejano acceso al viejo continente, una alejada cabeza de puente transoceánica de posible conflicto "local". Mas para los aliados eurooccidentales semejante género de conflictos no es, ni mucho menos, una cuestión "local" sino una cuestión de vida o muerte, que decide su existencia. Además, los países eurooccidentales, al igual que el Japón, con las relaciones tecnocientíficas y culturales con los países socialistas vinculan intereses más importantes, verdaderamente vitales. Aunque los EE. UU. ahora puedan "retorcer los brazos" a algunos de sus aliados, la nueva política norteamericana y el deslizamiento hacia la "guerra fría" no tanto cohesionarán como desunirán y darán nuevos motivos para las contradicciones.

Existe también otro aspecto de la cuestión, de importancia para los aliados de los EE. UU. y para los demás países. El brusco viraje dado por Wáshington en su política exterior ha ido acompañado de violaciones de muchos compromisos que habría asumido (entre ellos, contractuales) y de incumplimiento de sus promesas. Este viraje ha vuelto a mostrar cuál es el estilo de esa política: inestabilidad, descaro para con los demás, falta absoluta de comedimiento, disposición a supeditar las cuestiones importantes de política exterior a las consideraciones de la ventaja del momento, comprendidas las consideraciones relacionadas con la maniobra y la lucha política interna. Todo esto confirma lo que en los últimos años decían tanto los adversarios como los amigos de Norteamérica: que ésta es poco fiable como partenaire, como participante de las relaciones internacionales.

Son por lo menos infundadas las esperanzas en las "ventajas" que proporcionará a Norteamérica el renacimiento del intervencionismo, previsto por la "doctrina Carter". Hasta en el aspecto puramente militar del asunto, aun teniendo presentes las posibilidades intervencionistas del "cuerpo de acción rápida" que se formó en los EE. UU., no se debe olvidar que en Vietnam hubo de cuatro a cinco veces más tropas norteamericanas que en este cuerpo, y que ni siquiera eso las salvó de la derrota.

Dicho sea de paso, la idea de formar tales fuerzas la promovió por primera vez, en los años cincuenta, Henry Kissinger en un informe a la Rockefeller Foundation. Más tarde, en los años sesenta, la idea de realizar este plan la acarició el presidente Lyndon Johnson. Sin embargo, tales proyectos chocaron con una fuerte resistencia del Congreso. Por extraño que parezca, la oposición la encabezó el muy derechista senador Richard Russell, quien declaró que el hecho mismo de la existencia de semejantes fuerzas sería un cepo que arrastraría a los EE. UU. a nuevas aventuras como la vietnamita.

Llama la atención otro aspecto más, el relativo al plan de volver a la conscripción militar obligatoria. En su tiempo, la política de intervencionismo, que provocó la tragedia de Vietnam, obligó a los EE. UU. a pasar al ejército voluntario, o sea, profesional, como ejército más seguro en el campo de batalla y que no provoca tantas complicaciones internas y tanto descontento en los propios reclutas, en los reclutas potenciales y en sus familiares. Ahora, en cambio, se está retornando al intervencionismo y al servicio militar obligatorio, elocuente ilustración de cómo Washington tiene en cuenta las enseñanzas de la historia. Aquí no se trata de cuestiones puramente militares, sino de cuestiones de principios, políticas.

Toda la nueva política norteamericana es una muestra de clásica pérdida de memoria con respecto a la historia, de incomprensibles intentos tenaces de desfigurar las causas verdaderas de sus fracasos y reveses políticos exteriores y de hacer ver que éstos, contrariamente a todo lo que enseña la historia de los últimos decenios, se deben a la "debilidad" y a la "indecisión de los EE. UU.", así como al desarrollo de la distensión.

En realidad, la causa de los fracasos completamente ha sido otra: la tradicional actitud imperialista de los EE. UU. hacia los otros pueblos y la práctica del apoyo —arraigada en la época de la "guerra fría"— a los regímenes autoritarios y corrompidos, ajenos a los pueblos. Al imponer dictadores durante décadas y al justificar eso con obtusas sentencias del tipo "aunque sea un hijo de perra, pero es un hijo de perra nuestro", los Estados Unidos ponían, bajo el futuro de su política exterior, minas de acción retardada, las cuales ahora explotan una tras otra. En esto consistió una de las principales enseñanzas de Vietnam, confirmada con evidencia, en los años setenta, en otros "puntos críticos" del planeta, por ejemplo en Irán. En efecto, sería absurdo afirmar, verbigracia, que para el momento en que se produjo la revolución, los enemigos del sha tenían superioridad en fuerzas militares. La situación revolucionaria en Irán surgió justamente como resultado de que se había abusado sistemáticamente de la fuerza durante veinticinco largos años, después de que en 1953 los norteamericanos se entrometieron de manera insolente en los asuntos internos de Irán, derrocaron al Gobierno de Mossadegh y sentaron en el trono al sha. Además, los acontecimientos de Irán no pueden ser examinados aisladamente. Las vías de su desenvolvimiento están relacionadas en cierta medida con toda la situación en la región, sobre todo con el problema mesoriental que continúa sin solución.

Las causas de tales fracasos tienen para los EE. UU., además de importancia teórica, significación histórica. La actitud existente perpetúa los errores. Y por ellos habrá que pagar, tarde o temprano. En América Latina, en el Oriente Medio y en otras regiones hay numerosos países que pueden presentar sus cuentas a Washington. Está claro que no todas esas minas de acción retardada, ni mucho menos, han explotado todavía. Pero parece que Washington no reflexiona por ahora en eso. En lugar de neutralizar las minas existentes, Washington, a juzgar por todo, está ocupado en otras cosas, añade nuevas y nuevas minas y se crea problemas adicionales para el futuro. Al parecer, con eso amenaza, en particular, la actual política norteamericana con respecto a Pakistán, donde los EE. UU. actúan según los típicos guiones de la "guerra fría".

Menos acertado parece aún que se cifre esperanzas en la solución de los problemas por la vía de la fuerza militar, justificándola con "los intereses vitales" estadounidenses tales como las necesidades en cuanto al petróleo. Dejare-

mos a un lado el aspecto moral del asunto y analizaremos la cuestión desde el punto de vista práctico. Mediante la fuerza militar se puede hacer algo, sin lugar a dudas: bombardear, destruir y quemar las torres petroleras, los oleoductos y las refinerías de petróleo. ¿Pero acaso esto proporcionará petróleo? Obviamente no. La cuestión de sus suministros desde el Oriente Medio y desde los países del Golfo Pérsico no es susceptible de resolverse por la vía militar. Paz en esta región, renuncia a la injerencia en los asuntos internos de sus países, justas y equitativas relaciones con ellos: tales son las condiciones políticas que se necesitan para resolver efectivamente la cuestión.

Tampoco se puede resolver por vía militar la cuestión de las materias primas en general. Para resolverla también es necesaria la paz. Y es preciso asimismo comprender cuán nueva es la situación que se está creando y qué cambios serios se requerirán en muchos aspectos de la vida. Por ejemplo, ¿qué parte del petróleo que importan los EE. UU. —en aras del cual ellos están dispuestos a bombardear los países del Oriente Medio y del Golfo Pérsico y a matar a sus habitantes, o sea, a comenzar de hecho una guerra, que sería peligrosa también para la propia Norteamérica— se destina a satisfacer los intereses norteamericanos realmente vitales? Teniendo en cuenta la disminución de las reservas de petróleo (y también, tarde o temprano, las de otras muchas materias primas), ¿se puede continuar el gasto irreflexivo en la carrera armamentista y en las superfluidades del modo de vida formado anteriormente, en otras condiciones?

Mediante la política agresiva y de guerra, ni los EE. UU. ni los demás países de Occidente pueden mantener el nivel de vida existente y, menos aún, elevarlo. Para esto se requieren otra política y otras medidas, capaces de movilizar, en aras de objetivos creativos, todo el potencial científico y de producción, desarrollar una vasta cooperación internacional y crear para esto un propicio clima político.

Stanley Hoffmann, conocido especialista norteamericano en relaciones internacionales, al intervenir hace poco en la comisión senatorial que examinó el SALT-2, dijo con toda justeza que las causas de los reveses políticos exteriores que habían sufrido los EE. UU. no estaban relacionadas con los “músculos”, sino con los “cerebros”⁷. Sin embargo, Wáshington pretende resolver sus problemas acrecentando por todos los medios los músculos militares y empleándolos cada vez más descaradamente.

Hace muchos años, el famoso teórico militar alemán Clausewitz hizo un análisis clásico de la situación internacional, parecida en cierta medida a la actual. Era la situación surgida de la Gran Revolución Francesa, a la que los monarcas europeos intentaban ahogar en sangre. El fracaso de estos intentos se debió, según Clausewitz, a que las fuerzas del mundo viejo “por medios habituales querían crear un contrapeso a las aplastantes fuerzas nuevas. Todo esto son errores políticos. ¿Acaso estos errores pueden ser previstos y corregidos, manteniéndose en el terreno del entendimiento puramente militar de los fenómenos?”. “Por supuesto que no”, respondió a esta pregunta.

Era una situación asombrosamente parecida a la actual. Y no sólo porque en la fuerza militar los EE. UU. intentan nuevamente encontrar respuesta a las revoluciones de liberación nacional y, en general, a los cambios progresistas en el mundo, contrarios a los gustos de Wáshington. La fuerza militar es proclamada de nuevo por Norteamérica —uno de los estados más

poderosos del planeta—, el instrumento principal de la política a comienzos de los años ochenta, época en que la humanidad entra en una complicada fase de su desarrollo, la cual exige, más que nunca, sabiduría, circunspección y flexibilidad para resolver los problemas que la historia plantea. Problemas muy variados, nuevos en muchos aspectos, que no se habían enfrentado antes.

Un problema es propiciar un rápido progreso y crear condiciones de existencia dignas del hombre a los pueblos de los países en desarrollo. Otro —particularmente complicado e importante—, prevenir la guerra nuclear. Y para resolverlo es menester guiarse no tanto por la experiencia histórica como por la actual razón del hombre. Antes, si se producía una conflagración, las consecuencias eran trágicas (como las de la primera y la segunda guerras mundiales). Ahora, tales conflagraciones pueden significar no sólo una catástrofe en mayor escala, sino también la catástrofe final.

¿Acaso mediante la fuerza militar se puede evitar semejante catástrofe? ¿Y qué dará esa fuerza para resolver los problemas globales citados? La infantería de marina no es un medio para librarse del hambre; los cohetes no pueden resolver la cuestión energética; las armas nucleares no son un recurso para conservar el medio ambiente. Los problemas, que realmente se agravan y se hacen cada vez más complicados, requerirán, para su solución, ingentes esfuerzos. Pero no se logrará solucionarlos por la vía militar.

Y los intentos de hacerlo, los intentos de promover de nuevo a primer plano la fuerza militar y la amenaza de fuerza ya no causan impresión de firmeza. Más bien parecen una muestra de rutina política y de cobardía intelectual. Lo quieran o no sus autores, la orientación política de Wáshington es un intento de inhibirse —en un momento muy difícil y responsable— de los complicados problemas existentes, de ocultarse de las dificultades tras los clichés y las manidas fórmulas políticas, que han mostrado ya su inconsistencia. Semejante política no tiene porvenir. Pero ella puede ocasionar, y causa, detrimento.

La cuantía de este detrimento dependerá mucho, por supuesto, de cuán activamente se realice. Estas cuestiones se mantienen todavía pendientes. Y no sólo porque en la “doctrina Carter” haya muchas cosas simplemente irrealistas. No menos importancia tiene el hecho de que, con la proclamación de esta doctrina, la lucha en torno a las tendencias fundamentales del desarrollo de las relaciones internacionales no acaba, sino que cobra fuerza.

Nadie debe tener dudas acerca de la posición que ocupará la URSS en esta lucha. En sus intervenciones, el camarada Leonid Brezhnev ha subrayado que, al mismo tiempo que rechaza resueltamente la agresión, la Unión Soviética se atendrá con firmeza al Programa de Paz trazado por el XXIV y el XXV congresos del PCUS, aplicará de modo consecuente una política de paz y distensión y propiciará la limitación de los armamentos y el arreglo de los conflictos existentes. “A la ‘doctrina’ de histeria belicista y enfebrecida carrera armamentista —señaló el camarada Leonid Brezhnev— oponemos la doctrina de lucha consecuente por la paz y la seguridad en la Tierra”.

En esta lucha, al lado de la Unión Soviética estarán los otros estados socialistas. Y ella encontrará un vasto apoyo entre los países en desarrollo. Muchos países capitalistas de Europa, al igual que el Japón, tampoco desean el retorno a la “guerra fría”. Esto se siente ya ahora. Incluso en los propios EE.

UU. se puede esperar cambios en los ánimos políticos. A los norteamericanos se les mantiene en estado de casi permanente crisis política desde septiembre del año pasado. Y aunque por ahora eso parece que ha mejorado las posibilidades del Presidente en las próximas elecciones, dudosamente al país se le podrá mantener infinitamente en semejante tensión.

Nadie espera de los norteamericanos y de sus aliados que ellos aprueben la revolución de abril en Afganistán y la ayuda que a este país le ha prestado la Unión Soviética. Pero a medida que se asiente el polvo levantado por la campaña antisoviética desatada ahora, se irá creando una situación que predispondrá a favor de las reflexiones sensatas. En una situación así es más fácil ver todos los acontecimientos en sus verdaderas proporciones, evaluarlas con sentido común y decidir si por lo que a uno no le gusta, vale la pena destruir todo lo que es positivo y de vital necesidad: las esperanzas en una sólida paz y en el cese de la carrera armamentista, en la distensión y en la cooperación mutuamente provechosa. Más aún que, contrariamente a las afirmaciones alarmistas de la propaganda norteamericana, nadie verá tanques ni soldados soviéticos en la costa del Golfo Pérsico ni en otros mares templados.

Es de pensar que no se requerirá mucho tiempo para comprender también todo el monstruoso absurdo que está haciendo Washington con las relaciones soviético-norteamericanas. Debe decirse que en este aspecto el Gobierno USA no repara en nada: destroza, diríase que con voluptuosidad, lo que se ha ido creando al precio de prolongado y perseverante esfuerzo, cual si con eso hubiera soñado desde hace tiempo y tan sólo esperara el momento en que le "permitieran golpear". Mucho daño ha ocasionado a las negociaciones acerca de la limitación de los armamentos, en las que los EE. UU. no están menos interesados que la Unión Soviética. Ha echado atrás las relaciones económicas y culturales, violó el convenio de comunicación aérea directa, frustra muchas actividades en la cooperación científica, crea un ambiente que estimula los actos delictivos y gamberriles de los grupos antisoviéticos. Todo esto lesiona tanto los intereses soviéticos como los norteamericanos. Ha sido menoscabado seriamente lo que se fue reuniendo, literalmente, a gotas: esa mínima confianza mutua, sin la cual resulta tan difícil anudar relaciones normales. Todo esto se hace, hay que decirlo, con mucha rapidez y de manera efectista. Bueno, ¡destruir no es lo mismo que edificar!

Hay que decir que esta frenética y destructiva política se aplicó no sólo en las relaciones norteamericano-soviéticas. Lo comprueba la aventura que se intentó para liberar a los rehenes norteamericanos en Irán y que puso en peligro tanto la vida de estos últimos y de sus "salvadores", como la de otros muchos hombres, pues podía provocar un serio enfrentamiento armado en esta región sumamente explosiva.

La subsiguiente dimisión del secretario de Estado, C. Vance, ha venido a recalcar lo anormal, riesgoso y aventurero de lo que se hace en Washington. También ha mostrado que los EE. UU. no sólo han empeorado y agudizado sus relaciones con la Unión Soviética, sino que quieren conservarlas en este nivel, más bajo durante muchos años. Es imposible interpretar de otra manera el hecho de que C. Vance tuviese prohibido sostener negociaciones constructivas con A. A. Gromiko, ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, durante el encuentro fijado para el mes de mayo, en Viena.

Pero el camino de los conflictos, las aventuras y de regreso a la "guerra fría" no conduce a ningún lado. En definitiva, la política debe tener un obje-

tivo. Sin embargo, para los años ochenta se propone una política que ya cierta vez fue ensayada y que fracasó para comienzos de los años setenta. No habrá muchos, ni siquiera entre los norteamericanos y sus aliados, que deseen recorrer de nuevo ese camino en unas condiciones todavía más peligrosas.

En las relaciones internacionales se acerca un momento de gran responsabilidad. Ahora, más que nunca, es muy importante elegir correctamente la línea política. En general, la elección no es tan amplia. Se puede agregar aún más: en el siglo nuclear no existen alternativas razonables a la coexistencia pacífica entre los estados y a la política de distensión. En definitiva, aquella verdad dicha por Platón hace tantos años, es realmente eterna: todos deben, cuanto mejor y más tiempo puedan, vivir en paz.

NOTAS

- 1 Lenin, V. I. **Obras Completas**. La Habana. Editora Política. 1964. T. 33. Págs. 124, 241.
- 2 **The New York Times Magazine**. Abril 1, 1979. Pág. 68.
- 3 **Détente or Debacle: Common Sense in U. S.—Soviet Relations**. Nueva York. 1979. Págs. 48-49.
- 4 Kennan, George. *The Cloud of Danger*, se cita por la versión rusa publicada en la revista **SSHА: ekonómika, polítika, ideologuia**. No. 6. 1979. Págs. 92-93.
- 5 **Time**. February 4, 1980. Pág. 14.
- 6 **Washington Quarterly**. Vol. 2. No. 4. Autumn. 1979.
- 7 **The SALT-II Treaty. Hearings before the Committee on Foreign Relations**. US Senate. Washington. 1979. Part IV. Pág. 282.